RAZONES DE IDENTIDAD

(Contestación al discurso de entrada de don César Albiñana García-Quintana en la Institución "Tello Téllez de Meneses", como académico de número, el día 6 de marzo de 1992)

Manuel Carrión Gútiez

Trivial, en el sentido etimológico del término, resulta hoy mi presencia en este estrado y ante este noble y benemérito concurso de ilustres compañeros, presentes unos en su atenta concurrencia, presentes otros, en el allende, con su ausencia "consentida", aunados todos en el afecto, en la memoria y en el agradecimiento de quien, todavía joven, fue llamado generosamente a ocupar un rincón de este estrado y a gozar, con una admiración que no era sólo fruto de su inmadurez, de tan granada compañía. Este que digo más cansado que rendido, más silencioso que olvidado, más desengañado que escéptico, acogiendo como un honor la invitación hecha por la Secretaría de la Institución "Tello Téllez de Meneses", vuelve feliz, como ha hecho siempre, de su trastierra, para acudir, en esta encrucijada palentina, a este encuentro trivial.

Trivial digo, porque por tres vías, por tres caminos distintos, tres palentinos se cruzan ahora en encrucijada muy concurrida, como en casa propia, y ponen mesa para departir de sus cosas. De los tres dos han embocado ya esa calle definitiva donde toda inquietud o insomio ha aprendido a convertirse en contemplación del silencio y el otro tiene ya casa puesta en el silencio contemplado. Uno, quien os habla, tiene nombre del río y a él le compete vestir de cariño y de admiración debidos lo que es además ceremonia protocolaria; otro, tiene nombre casi gerundio y muy profundo y nos toma a los otros dos ahora de sus dos manos para este abrazo académico; el tercero, señoras y señores, tiene evidentemente nombre de cepa o de viña y se llama, para que puedan comprobarlo, César Albiñana García-Quintana.

César Albiñana ha sabido escoger para su discurso de ingreso en esta docta y querida Institución algó más que un tema palentino, ya que don Ramón Carande no sólo fue un eximio escritor palentino, sino que fue además casi un siglo de buena historia de España, un español europeo y universal y, sobre todo, alguien en quien se concretaba de forma ejemplar la realidad de lo humano. Nuestro nuevo académico ha trazado un discurso en el que la figura de Ramón Carande aparece perfilado, como en la pintura gótica (tal la hagiografía hogareña de Pedro Berruguete con sus baldosas y "glorias" familiares), sobre un fondo, tan real como apenas perceptible, de circunstancias humanas y biográficas, sin olvidar por eso la documentación fundamental, con análisis doctrinales y notas bibliográficas que convierten el discurso en pieza insustituible dentro de la bibliografía carandiana.

Albiñana dibuja a Carande como un palentino europeo, sin otra afiliación política que la de España y sin ámbito de curiosidades y preocupaciones menor que todo lo humano. En esta inmensa capacidad de comprensión y convivencia, capaz de hermanar lo palentino y lo sevillano, como puede verse en el ex-libris de Carande, que acabáis de oir recordar, se estudia la figura del profesor, del historiador, del literato y del humanista, haciendo resaltar cómo el historiador de la economía castellana evita sumergirse en la frialdad de la historia puramente cuantitativa, cómo ejerce de historiógrafo (con el aprovechamiento de nuevas fuentes) y cómo en su quehacer de historiador, en su ejercicio de litarato y en sus memorias primeras y segundas se halla siempre presente lo palentino.

Desde la templada bodega de los grandes afectos y admiraciones recuerdo yo ahora a un don Ramón que me honró con su amistad, sustentada con algún que otro cocido de Julia Arroyo por tierras de Macintos, junto a Carrión; al autor de *Carlos V y sus banqueros,* lectura de cabecera y nunca acabada por repetida, de D. Francisco del Valle, paternal amigo, quien confirmaba de esta forma su inagotable admiración por el maestro y paisano y al noble confidente que, desde su mirador de crepúsculos interminables, me confesaba cuánto le habían hecho pensar las palabras nuevas de viejo evangelio escuchadas a mi amigo Pepín Fierro en la misa dominical de Santa María de Carrión.

Y no ha sido casual que don Ramón haya estado presente aquí de la mano de Albiñana. En los dos coinciden el profesor, el escritor, el castellano dolorido. Hay en el fondo de la obra de ambos ecos como de un lamento por el hombre de Castilla, por el labriego en última instancia, cuya pobreza actual es fruto de generosidades históricas. Y es que Albiñana deja ver en su discurso su propia sustancia.

Esta es rica y plural, como la de toda vida granada y bien cumplida, pero puede tolerar el ser reducida ahora a algunos capítulos esenciales.

Biográficamente —y sin acudir a más altas balanzas— la vida de un hombre se mide por lo que dice y por lo que hace, por sus dichos o escritos y por sus empresas, /puesto que lo que sea en él pensamiento puro, en el caso de que sea suyo y no ajeno o mostrenco, no deja huella ni observable ni documental/. El peso de cuanto se dice y se hace lo confieren la densidad humana del convencimiento y la generosidad creadora. El sello se lo imprime la identidad, el ser de cada uno, cuando, como le ocurría a don Quijote ("Yo sé quién soy"), uno sabe quién es. Porque lo sabe, después de tan fecunda y larga sirga, César Albiñana se sienta ahora no más que a hacer explícita, junto a nosotros, su participación ya antigua en las preocupaciones palentinas.

Para el conocimiento de César Albiñana basta y sobra con un instante de su presencia y con cinco minutos de su trato. Pero, para su conocimiento documental, disponemos de un resumen bio-bibliográfico de Fernando Sáinz de Bujanda, "La producción científica de César Albiñana" que sirve de prólogo a *Estudios de Derecho y Hacienda,* homenaje en dos volúmenes ofrecido a

nuestro paisano en 1987; contamos también con una "Nota biográfica" de mano tan enterada como la de César Albiñana Cilveti, que sigue, en el mismo lugar a la anteriormente citada y de una semblanza digamos ideológica trazada por Javier Villán en *Palencia: paisaje con figuras* (Madrid: Molinos de agua, 198). No resulta, pues, imprescindible que yo ahora me entregue a un ejercicio de recopilación.

La obra del nuevo académico, edificada con la acción, la palabra y la escritura, se caracteriza por dos notas fundamentales: la solidez y la fortaleza de los materiales empleados y la continuidad que garantiza la fidelidad ilusionada (y esto se llama convencimiento de servir para algo lo que se hace, de que tiene un más allá no retribuido en el salario, es decir vocación) al trabajo. "Y ese trabajo —nos dice Sáinz de Bujanda en la p. 13 del escrito antes citado— ha discurrido por cauces paralelos: trabajos profesionales y obras científicas; labor funcionarial y actividad docente".

Estas dos vías paralelas, como en los trenes lejanos de su infancia alarense, han sido recorridas simultánea e incansablemente. Su actividad profesional comienza en 1944, cuando Albiñana tiene apenas 24 años; la docente, dos años más tarde. La primera pasa por distintos cuerpos de la administración en el Ministerio de Hacienda y se ensancha con frecuencia a la acción política o al trabajo científico en órganos de apoyo intelectual, como el Instituto de Estudios Fiscales o la creación y sostenimiento de revistas especializadas. La segunda halla cauce bien pronto en la universidad y se explaya en la multitud casi innumerable de sus trabajos científicos o de divulgación.

Sería ingenuo intentar hacer la lista de sus trabajos. Sáinz de Bujanda lo ha intentado en el artículo antes citado y lo que nos ofrece como resultado, hasta 1987, es una enumeración de títulos de una pujanza incontenible y fluvial. Cinco años más tarde, su mismo autor ha puesto en mis manos casi un centenar más de noticias bibliográficas que hacen subir sus escritos a 18 títulos mayores y a unos 700 escritos de la más diversa índole (artículos científicos, informes, artículos de prensa, artículos de enciclopedia, etc.) que elevan su producción intelectual a una cifra probablemente no alcanzada por ningún otro en la literatura española científica de nuestro tiempo.

Lo sorprendente de esta obra ingente no es tanto su extensión, cuando la profunda vertebración de la misma. Lo que admira en la obra de Albiñana es que es él mismo. Hemos dicho de paso que lo importante de un hombre es la adquisición y el mantenimiento de la propia identidad: ser alguien y saber quién se es. César Albiñana lo sabe. Y no es buena verdad (ya sé que se trata ante todo de una metáfora) la de que su actividad discurre "por cauces paralelos", siquiera sea porque difícilmente son paralelos los cauces de los ríos o de los arroyos.

No, en el caso de Albiñana no hay doble cauce, sino sencillamente dos riberas para un río incontenible. El funcionario de la administración financiera del Estado es también el predicador de cátedra ambulante, el político con

puestos de responsabilidad nacional es ante todo una alcancía de ideas realizables, cuya huella sigue todavía viva en la letra de textos legales, el promotor de estudios y publicaciones es un sembrador de formas de convivencia, el profesor es un ahornador de conciencias y el escritor una voz que no clama en el desierto. Quiero decir, en resumen, que toda la obra de César Albiñana está caliente de vida y que se asienta sobre una profunda cimentación moral.

Lo acabáis de oir en su discurso: "La reforma universitaria ha de ser preuniversitaria y, cuando a la Universidad lleguen los alumnos con mente universitaria, ellos mismos colocarán a los profesores mediocres fuera de la Universidad... Tal vez el experto con dotes pedagógicas más el docente con méritos académicos y vocación investigadora constituyan el tenden que tantas y tantas disciplinas jurídicas y económicas requieren, para que las respectivas enseñanzas sean impartidas en sus dos proyecciones: teórica y aplicada, debidamente intercomunicadas".

Esta vitalización de la enseñanza, este magisterio vital tiene sus razones biográficas y morales. Javier Villán, con su excelente desanfado literario, ayuda a que Albiñana nos las desvele en su *Palencia: paisaje con figuras*. El Derecho y la ciencia económica confluyen en el estudioso de la Hacienda Pública o, si queremos concretar más, de la administración financiera española. Pero confluyen también los muertos queridos y respetados, la infancia dolorida, el esfuerzo para las ascensiones sociales, la laboriosidad como profesión y actitud, la preocupación por lo público, el dolor de Castilla (dolor tan viejo, Quevedo mío, como el de España), la sospecha de que la defensa de valores culturales sea sólo apego a la prosperidad que otros han pagado históricamente, el temor a que se identifique cultura con folklore y el miedo a que la reforma fiscal no apoyada debidamente en la reforma de la administración fiscal termine por herir a los ya desfallecientes.

Por debajo de todas estas ideas fundamentales de César Albiñana está algo que podría parecer anecdótico: la mirada de un niño nacido en Alar del Rey, villa que siempre me ha parecido territorio fronterizo y caminante, con el nacimiento de un canal que se interna hacia Tierra de Campos, con una estación que mira ya hacia los campos de Burgos y con una vía que se aleja hacia la mar. Tierra hacia siempre y hacia todas partes.

En la conocida imagen de Chesterton, la vida es una vieja aya que, como en la infancia, invita al hombre en su anochecida a acostarse y descansar. Ella sabe que este niño perdido ya no ofrecerá resistencia. Antes de escuchar esta invitación, Albiñana ha querido honrar a esta Institución refugiándose en ella, para esperarla. Es el niño de Alar con mucho camino andado, con mucha siembra derramada. Orto y ocaso, dos convocatorias de la luz, dos líneas fundamentales de identidad.

Pasea Pompeyo, en su crepúsculo, por entre las ruinas de Cartago, dejándose empapar por la emoción. Dice el español Lucano en su *Farsalia* que porque allí "nullum sine nomine saxum". Acogido a esta patria nuestra, algún día, César, una piedra llevará tu nombre. O te llamará por él.